

Homenaje al músico Claudio Rebagliati

Italia, 1843, Perú, 1909

Este disco histórico en Homenaje a Claudio Rebagliati (Noli, Savonna, 1843-Lima, 1909) representa para la cultura musical del Perú un gesto de gratitud y revaloración merecido. Este músico italiano afincado en nuestro país desde los 20 años, desplegó un esfuerzo fundamental por establecer un contacto entre las tradiciones musicales de Europa, la moda de entonces y el mundo del canto lírico, así como el repertorio y las de Lima, fundamentalmente vincular a nuestra sociedad con los sucesos de la vida musical. Forjó una importante generación de músicos, entre violinistas y cantantes, y recopiló aires populares que él muy bien advertía como “destinados a desaparecer”, imitando en nuestra tierra el trabajo de célebres compositores europeos.

Las tres obras centrales que conforman esta publicación representan hitos fundamentales en la historia de la música peruana. Esta versión del Himno Nacional del Perú, que fue orquestada por Claudio Rebagliati, es la única que contó con la aprobación expresa de su autor, el maestro Bernardo Alzedo, preocupado en poner fin a lo que hasta entonces era una canción errante que se amoldaba a las ventiscas de bandas y orquestas. Hoy, a más de 140 años de haber sido terminada, podemos escucharla por primera vez en una extraordinaria versión dirigida por el maestro Miguel Harth-Bedoya con la Fort Worth Symphony Orchestra de Texas, EE.UU. grabada en vivo en el Bass Hall, en 2009.

Un 28 de julio en Lima, Rapsodia peruana es probablemente la primera obra para gran orquesta en América del Sur y es antecesora de otras famosas composiciones universales vinculadas al nacionalismo musical. Obras de gran trascendencia como las Danzas húngaras de Brahms fueron compuestas recién un año después del estreno de la Rapsodia Peruana –ocurrido en Lima en 1868– mientras que el primer grupo de las Danzas eslavas de Dvořák fue escrita recién diez años después, en 1878.

Para comprender el universo formativo de Claudio Rebagliati es necesario señalar que cuando llega a Chile en 1857, –seis años antes de venir al Perú– ya Rossini había compuesto todas sus óperas, Verdi tenía culminadas *La Traviata*, *Il trovatore*

y Rigoletto, en tanto Wagner había compuesto El holandés errante, Tannhäuser, El oro del Rin y La Valkiria.

Se desempeñó como primer violín de las compañías de ópera que dirigía su padre, y de ello se deduce que estaba familiarizado con el repertorio operático tradicional, y con certeza conocía ya la música sinfónica que había escuchado y dirigido hasta los 14 años en que su familia decide emigrar hacia Sudamérica.

Estos datos resaltan no sólo el sentido particular de la obra general de Rebagliati sino además su originalidad como compositor. La Orquesta Sinfónica Nacional del Perú fue creada casi 40 años después de su fallecimiento. Sin embargo, los programas que hemos revisado de Rebagliati acreditan su conocimiento completo de lo compuesto en Europa hasta ese momento, además de haberlo ejecutado con 150 profesores.

Su bisnieto Augusto Ferrero comenta en su libro La música, contexto y pretexto en la historia, su valor internacional al dar a conocer la aparición de las notas de una parte del coro de nuestro Himno Nacional en las óperas El Profeta de Meyerbeer, estrenada en 1849, y en Atahualpa del músico milanés Carlos Enrique Pasta, que compuso y estrenó en el Perú en 1877 con libreto de Antonio Ghislanzoni, quien pocos años antes había escrito el texto de la ópera Aída, de Verdi; así como las de somos libres en la música de la película Doctor Zhivago, compuesta y orquestada por el artista francés Maurice Jarre.

Del precoz talento del compositor italiano, escribe el musicólogo Carlos Raygada: “A la edad de 9 años actuaba ya como primer violín en el teatro de Ajaccio en Córcega, en una temporada lírica de la que era maestro concertador y director su propio padre. De allí pasó, siempre en la categoría de primer violín, a actuar en diversas temporadas de ópera en los teatros ‘Paganini’ y ‘Doria’ de Génova y ‘Chiabrera’ de Savona, ciudades en las que alcanzó también brillantes éxitos como concertista, aclamado por los públicos y halagado por la crítica”.

Un 28 de julio en Lima, Rapsodia peruana consta de una serie de breves piezas populares entre las que figura el yaraví –género andino de gran vigencia y arraigo durante el siglo XIX y comienzos del XX–, la Marcha del Ataque de Uchumayo – conocida como La Salaverrina, la más emblemática del ejército peruano en el siglo

XIX y de autoría del limeño Manuel Bañón– la Marcha Morán, inspirada en momentos históricos de la naciente República, la cashua –género festivo andino– la canción nacional La chicha, denotativa del entusiasmo patriótico al lograrse la Independencia en 1821, y el Himno Nacional, presentado a través de sucesivas variaciones que constituyen el eje narrativo de la obra.

El título Un 28 de julio en Lima, Rapsodia peruana, captura las celebraciones de diversos sectores sociales en Lima, una ciudad que históricamente ha sido construida por grupos de migrantes provenientes de diversas regiones del país. La obra recoge las marchas militares que recuperan la gesta de soldados y batallones que lucharon por la independencia, sin dejar afuera los cantos populares emergiendo de las casas de cholos, zambos e indígenas que parecen recordar el dolor de sus luchas, pero que, tras ellas, celebran victoriosamente sumándose al himno y la frase que la caracteriza: “Somos libres, seámoslo siempre.”

Por su parte, el Álbum Sudamericano es un conjunto de 22 piezas populares que Claudio Rebagliati publicó en la Editorial Sonzogno de Milán, en 1870. Se trata de una serie de géneros tradicionales entre zamacuecas, yaravíes, cashuas y bailes que representan los aires musicales mestizos de mediados del siglo XIX.

El yaraví, tanto como la zamacueca fueron dos de los géneros más populares de canción del siglo XIX. El origen de los yaravíes que recopiló Rebagliati no se conoce con certeza y su estilo es difícil de establecerse pues existió en toda la zona andina del Perú y se extendió hasta la costa de Lima y en el norte del país, bajo el nombre de triste. La zamacueca, por su parte, es el origen de la marinera, la cueca, la samba y varios otros géneros de gran arraigo en la música de los países de América del Sur.

El Álbum Sudamericano alguna vez formó parte de la Biblioteca Nacional del Perú, de donde desapareció. Los originales de imprenta que se encontraban en Milán fueron incendiados por bombarderos de la Segunda Guerra Mundial hasta que, finalmente, gracias a la generosidad del maestro Carlos Hayre y la colaboración de Rafael Santa Cruz, el 2007 la casa editora Filarmonika LLC pudo reunir las partituras originales completas que Hayre había conservado, y grabarlas por primera vez en ejecución del pianista arequipeño Juan Guillermo Vizcarra realizada en la Texas Christian University de la ciudad de Fort Worth, EE.UU.

Este disco incluye también la Danza habanera, Op. 13 titulada Para un álbum, que no pertenece a ninguna obra orgánica. Esta pieza fue grabada por la maestra Flor Canelo Marcet y aparece aquí por cortesía de la revista Caretas, que la publicó en el CD Mundo Azul en Homenaje a Doris Gibson en 2011.

Publicamos también en este disco su obra para piano Las Hijas del Rímac, Op. 17, valzer originalmente “Le figlie del Rimac” escrito para gran orquesta, con clara alusión a las Hijas del Rin, de Wagner, conocidas como parte del Anillo de los Nibelungos de este autor. Las Hijas del Rímac está dedicado a la Srta. Amelia Garreón, presumible vecina de este tradicional barrio limeño, llamado Malambo antaño, y que es el más antiguo de Lima. Consta de cuatro partes y una coda, al estilo de los valeses vieneses que llegaron al Perú hacia 1870.

Finalmente, esta publicación incluye El Himno Nacional del Perú en versión para piano del mismo autor, ejecutado al igual que la obra anterior por la prestigiosa maestra Carmen Escobedo.

Es justo señalar que la carrera del músico Claudio Rebagliati se termina de completar en el Perú; su música lleva la herencia de su mestizaje con las tradiciones locales. Si bien su procedencia y formación europea sostienen el despliegue de su trabajo como compositor y difusor de esta música en Lima, los géneros peruanos también influyeron en su propia obra y aun cuando nos recuerde que estas piezas son de “puro interés americano”, es evidente que su proximidad a músicos del espacio local, el conocimiento de géneros y músicas fraguadas en el crisol de siglos, hayan modelado a un compositor mestizo, europeo y americano, a la vez, que contribuyó a construir tempranamente los puentes entre tradiciones musicales disímiles y a socavar también las bases de un discurso que oponía lo local a lo foráneo, lo académico con lo popular como dualidades indisolubles, acaso sin ser consciente de ello.

Claudio Rebagliati se quedó a vivir en el Perú. Después de la ocupación de Lima en 1881 por las tropas chilenas y luego del estropicio que convirtió a nuestra Biblioteca en una caballeriza de cuartel, Rebagliati resistió como un peruano más las lamentables consecuencias de la guerra que en su caso se ensañó con el

incendio de su casa miraflores que consumió una cultivada musicoteca que albergaba más de 22 mil obras.

El Proyecto Especial Bicentenario expresa su agradecimiento al maestro Miguel Harth- Bedoya, fundador y director artístico del proyecto musical Caminos del Inka, Inc. por la autorización para que se difunda gratuitamente este homenaje a Claudio Rebagliati, un músico que, no habiendo nacido en nuestra tierra, dejó a nuestro favor una obra fundamental de música peruana.

Marino Martínez Espinoza
Fonoteca Bicentenario

Claudio Rebagliati¹

A mediados del siglo XIX Lima vivía una vida musical intensa, animada por frecuentes y muy concurridas temporadas de ópera que sustentaban compañías bien organizadas y en muchos casos con figuras notables. La prensa local publicaba extensas informaciones críticas de estos espectáculos y admitía la espontánea colaboración de improvisados opinantes, verdadero campo libre, en el que incluso se permitía la censura y hasta el insulto a los críticos oficiales, cuyas debilidades sufrían el más riguroso implacable control de los colaboradores particulares. En ese apasionado mundo lírico era frecuente la formación de grupos que se unían en torno a determinadas cantatrices de sus simpatías y entablaban en el teatro verdaderos combates de aplausos y rechiflas en plena presentación. Oportunidad hubo en el que, hallándose el presidente de la República en una repetición de La sonámbula, armóse en el teatro borrasca y gorda, hasta el punto de casi suspenderse la función. El gran Mariscal Castilla púsose de pie en su palco, exclamando: “¡Señores, este es un sitio de recreo y cultura! ¡Silencio, silencio!” el público aplaudió el viejo Mariscal y La Sonámbula pudo llegar a su fin sin mayores incidentes².

¹ Tomado de Carlos Raygada, Historia crítica del Himno Nacional. p. 107-112.

² Moncloa: Diccionario cit., p 31. La función del escándalo se efectuó en la temporada de 1853 pródiga en incidentes de esta naturaleza, suscitados por la apasionada competencia entre las famosas cantatrices Elisa Biscaccianti y Clotilde Berilli (hermana esta última de Adelina, Amalia y Carlota Patti).

Como consecuencia y reflejo de tal afición, realizábanse numerosos conciertos periódicos, no solo en la Sociedad Filarmónica sino también en muchas casas particulares y diversas instituciones. Los números centrales de sus programas eran, naturalmente, arias y romanzas, duetos y tercetos de las óperas en boga, a veces acompañados por conjuntos corales, e invariablemente oberturas de las mismas obras, que ejecutaban orquestas bastante nutridas. La música de concierto, tal como hoy la entendemos, no era aún muy conocida y gozaban de la simpatía de aquellos auditores todas esas pintorescas piezas triviales y melodías dulzonas de autores secundarios, especialmente adaptables a conjuntos instrumentales a base de guitarras, bandurrias y mandolinas. Era la época culminante de las clásicas “estudiantinas”, integradas generalmente por damas y caballeros de nuestros mejores círculos y cuya boga había de avanzar hasta los primeros años del nuevo siglo. Tal era el ambiente musical de Lima a la llegada de don Claudio Rebagliati.

Origen y primeros años

Tenía el maestro italiano un antecedente familiar dignísimo, del que nos da clara cuenta la novelesca fuente de su apellido: mediaba el siglo II de nuestra era y en Roma imperaba el arbitrario y cruel régimen de un sátrapa, con el consiguiente descontento de las gentes de bien. Un grupo de romanos, no pudiendo soportar por más tiempo tal estado de cosas, rompió los lazos que le unían al gobierno central y escapando de ese círculo de vergüenza emigró al norte de Italia. Toda la actitud fue el origen del mote con el que fueron conocidos esos hombres desde entonces: Rebellatus. Algunos de ellos establecieron en la Liguria, principalmente en Génova, y el mote fue convirtiéndose paulatinamente en patronímico: Rebellatus, Ribellati. La divisa que corresponde a los descendientes es: en campo rojo, un caballo blanco saltando a través de un aro de oro; por la azul, con la siguiente inscripción en letra oro: Audax–Honorī –Afficiens. Una rama de aquellos nobilísimos caballeros se instaló en Savona y desde el siglo XVIII adoptó la escritura del actual apellido Rebagliati³.

Hijo de don Ángel Rebagliati y de doña Lila Ricaldome, el restaurador del Himno

Nacional nació en el pueblo de Noli, cerca de Savona, Génova, el 6 de octubre de

³ Estos preciosos datos sobre el origen del apellido Rebagliati y los tomamos casi ad litteram de una carta con que el malogrado médico y catedrático doctor Raúl Rebagliati, hijo de don Claudio, tuvo la fineza de agradecernos la publicación del 1 de enero de 1939. El doctor Rebagliati, que también fue profesor de Anatomía Artística en Escuela Nacional de Bellas Artes, había heredado la espiritualidad de su progenitor y alcanzó en su corta vida destacada figuración en nuestros círculos intelectuales y profesionales. A su noble amistad, cuya ausencia lamentamos, debemos algunos datos de esta biografía; los que se refieren a los primeros años del evocado músico obligan nuestra gratitud a la menor de sus



BICENTENARIO
PERÚ
2024

PLATAFORMA DIGITAL

FONOTECA BICENTENARIO

Accede a los diversos archivos que
conforman nuestro patrimonio sonoro



PERÚ

Ministerio de Cultura



hijas, la señora Raquel Rebagliati de Requena.

1843. Su padre, buen músico y testigo emocionado de la triunfal y diabólica habilidad virtuosista de Paganini, de la que están justamente se hallaban orgullosos los genoveses, decidió hacer violinista el niño y le hizo estudiar bajo su propia dirección, con tanto rigor y eficacia que a los nueve años de edad actuaba ya como primer violín en el teatro de Ajaccio en Córcega, en una temporada lírica de la que era maestro concertador y director su propio padre. De allí pasó, siempre en la categoría de primer violín, actuar en diversas temporadas de ópera en los teatros “Paganini” y “Doria” de Génova y “Chiabrera” de Savona, ciudades en las que alcanzó también brillantes éxitos como concertista, aclamado por los públicos y halagado por la crítica.

En 1857 su padre resolvió trasladarse a América y vino a Chile trayendo el joven violinista y a su hermano Reinaldo, músico también. Recorrieron las principales ciudades de la vecina República, en las que el joven Claudio entusiasmaba los públicos con el chispeante virtuosismo de “La Strega”, “La Campanella” y otras páginas sensacionales de Paganini, a la vez que difundió las obras de un amplio repertorio rubricado por Sivori, Bériot, Spohr, Vieuxtemps, Viotti, Rode, Alard, Artot, Prume y otros autores en gran boga entonces, algunos de los cuales superviven aún en los programas de nuestros virtuosos del siglo XX. Un año más tarde, el joven Rebagliati, que lejos de haberse limitado el estudio de su instrumento favorito había adquirido una amplia cultura técnica siguiendo muy de cerca la ilustrada experiencia paterna, hacía su debut como maestro concertador y director de orquesta. Tenía, pues, 15 años cuando asumió el comando musical de la compañía lírica de Paolo Ferreti, con la que se presentó en la ciudad de La Serena, en Chile. Con esta compañía y más tarde con las de Rossi-Ghelli de Mirandola, visitó las principales ciudades de la costa sur del pacífico, en la condición de violín concertino, hasta que en abril de 1863 llegó a Lima, en compañía de su padre y de su hermano Reinaldo.

Llegada del artista

“El Comercio” del 1 de abril de ese año anunciaba la venida del joven músico con estos términos:

Sabemos que dentro de pocos días llegará a esta capital el joven concertista de Claudio Beleglati⁴ y que ha traído una gran cosecha de aplausos en los teatros y salones, de Europa y de la culta vecina hermana, la República de

Chile. Este artista es un verdadero genio, pues a la edad tan corta que

⁴ El esmero tipográfico no era una característica de los diarios de la época. Beleglati llaman el músico



italiano antes de su llegada a Lima; más tarde, como se verá, fue llamado Revagliati, error que perduró durante muchos meses, con una insistencia capaz de hacer dudar de su apellido al propio interesado.

cuenta que es la de 18 años, ejecuta las piezas de música más difíciles, las cuales sólo se atreven a tocar los hábiles profesores. Los inteligentes que le han oído le titulan buen concertista, –Amigos del mérito.

La edad de dieciocho años que le atribuyen los Amigos del mérito era equivocada, pues llegó aquí seis meses antes de cumplir los veinte. No eran erróneos, en cambio, los datos que se anticipaban acerca de su capacidad musical, pues a poco de establecido entre nosotros el joven artista genovés daba muestras de un talento nada común, que había de apreciarse de manera especial en estos tiempos en que los limeños estaban tan habituados a la música y podían establecer comparaciones valorativas gracias a la experiencia adquirida en su frecuente contacto con los directores de las excelentes compañías que nos visitaban, en muchas de las cuales participaron sin duda buenos violinistas, como era el caso del propio Rebagliati, que desde que se hizo cargo de su atril de concertino en el Teatro Principal (hoy Segura) empezó a conquistar la admiración y desde luego la simpatía de nuestro público. No fue ajena a tal conquista la generosidad de sentimientos que desde entonces empezó a manifestar el joven músico. Una de las primeras pruebas de que tenemos noticia fue su espontánea participación como solista en la función extraordinaria que organizó la sociedad liberal de Lima a beneficio de los hospitales de sangre de México. Apenas hacía dos meses de su llegada a esta capital con la compañía de Rossi-Ghelli, que representó El trovador en esa función benéfica y en cuyo primer acto el barítono Rossi-Ghelli y el bajo Lari cantaron el famoso dúo “Suoni la tromba intrepida” de Los puritanos. “El Comercio”, en un anuncio publicado el 26 de junio, decía: “Terminará el espectáculo con las brillantes variaciones del Carnaval de Venecia ejecutadas en el violín por el joven Revagliati, que se ha prestado bondadosamente y como una prueba de deferencia a la Sociedad Liberal”. Parece ser que las famosas variaciones tuvieron el valor sesámico de abrirle las puertas del éxito en Lima, como puede verse a través del siguiente artículo que pocos días después publicaba el diario decano:

“Don Claudio Ravagliati (sic)

“El solo de los Lombardos. – El Carnaval de Venecia.

Hacía tiempo que no sabíamos ocupado de este sublime artista desde que lo vimos cuando se dio por primera vez la ópera de los Lombardos; y a propósito de eso habíamos escrito un artículo; y si no lo publicamos fue detenido por causas independientes de nuestra voluntad. Más ahora que la ocasión se nos ha vuelto a

presentar, no queremos desperdiciarla y nos vamos a ocupar en narrar las cualidades que adornan a dicho joven como un artista distinguido.

No obstante que el solo de violín que está incluso en la ópera ya citada, y que sirve de gran prelude a uno de sus mejores trozos, es una obra de bastante mérito y con la cual el señor Ravagliati y enajenó al público haciéndole prorrumpir en frenéticos aplausos; no obstante decimos, no es una obra en cuya inclusión pueda un artista ostentar las relevantes cualidades de que está dotado; como el joven de que nos ocupamos: pero como la ocasión en que con un motivo tan plausible se presentase este artista en la escena, a ejecutar una de las obras más difíciles del genio de los violinistas o el Dios del violín, como con tanta justicia se le ha llamado a Paganini desde sus primeras proezas en el arte de tocar ese instrumento.

Mucho tiempo hace que teníamos noticias del artista que nos ocupa, transmitidos por personas que le habían oído en Chile, y aún en el sur del Perú; y estas personas quien habían sido siempre sus admiradores, nos habían dicho los elogios que con tanta justicia se merece; pues ahora vemos que estos elogios habían alcanzado a llenar su objetivo.

El señor Ravagliati puede gloriarse de que se le puede contar en el número de los más hábiles intérpretes que hayan tenido Ernest y Paganini, en ese conjunto de variaciones de juego burlesco con que aquellos grandes maestros absorbieron la atención de todo auditorio.

Desde las primeras frases del andante con que principia de la obra, ya nos hizo oír el señor Ravagliati, el fuego sagrado de que está impregnado todo su ser, en momentos dados como ese, y no pudimos menos que admirar la verbosidad con que dicho señor imprime espíritu vital a esas notas que abandonadas por su autor a la voluntad de cada genio; no son muchos los que hayan logrado obtener un verdadero y radiante triunfo al expresarlas; cómo lo ha hecho el señor Ravagliati transmitiendo desde su violín a nuestro corazón sensaciones cuyo poder irresistible solo está reservado a genios privilegiados como el de este artista.

A la verdad, que los dedos del señor Ravagliati parece que hubieran nacido sobre el diapason del violín; pues despliegan sobre ese pequeño espacio, una habilidad gimnástica, con cuyo fuego coge al vuelo cuantas notas se le presentan por numerosas que sean; y causando en el auditorio un frenético entusiasmo al extremo de estallar en una explosión de justos y merecidos aplausos.

Las variaciones que más nos han admirado y en que muestra tener el señor Ravagliati mucha habilidad, son aquellas en que al mismo tiempo que el canto lleva con sus dedos de la mano izquierda, acompañamiento de pizzicato, y aquellas en

que, modificando la fuerza de su arco hasta el extremo de ligereza, hace salir sus sonidos armoniosos tan justos como agradables; agréguese a esto que no habíamos oído todavía en el violín expresar este resultado en armónicos dobles.

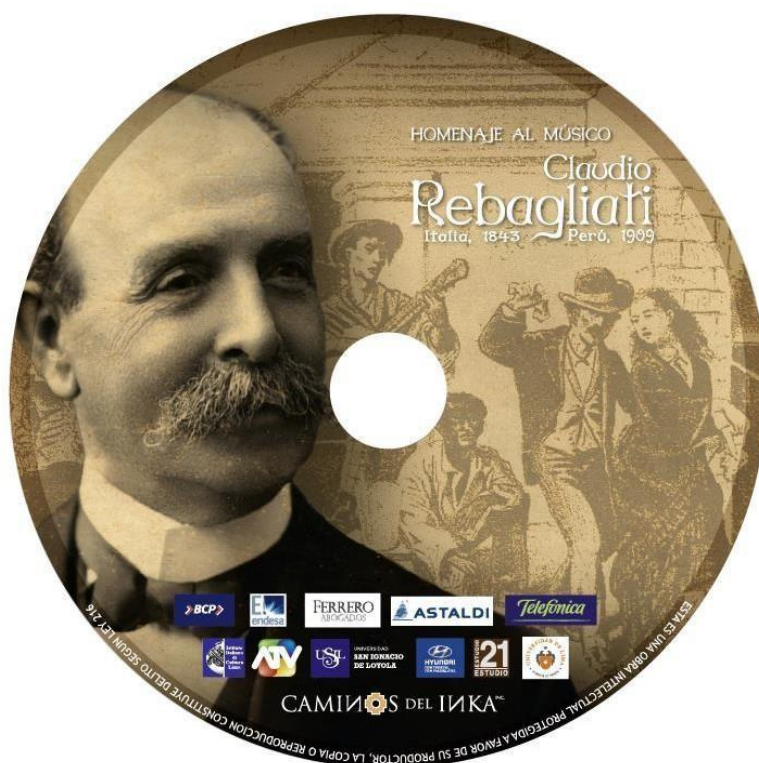
En fin; si tuviésemos que analizar todas las partes de la obra y las cualidades del señor Ravagliati, sería obra muy larga, y creemos que lo dicho bastará para conocer al mencionado artista. Todo lo que en último diremos es, que además de habernos transportado a otra región donde locos de placer le tributamos el debido homenaje; todavía vino a servir de complemento la corona que orló las sienes del sublime artista. *Admiradores*⁵.

BIBLIOGRAFÍA

Raygada, C. (1954). Historia crítica del Himno Nacional. Tomo II. Juan Mejía Baca & P.L. Villanueva Editores.

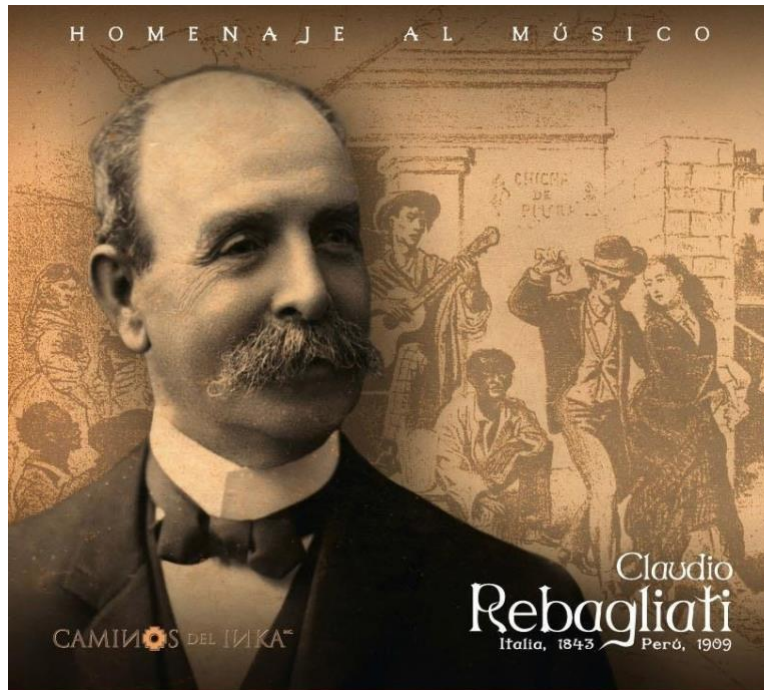
Imágenes

Diseño de la etiqueta del CD.



⁵ "El Comercio", 1 de julio de 1863.

Carátula del CD.



Artículo publicado en Caretas respecto a la importancia de la publicación de este disco recopilatorio de homenaje a Claudio Rebagliati. Noviembre de 2012.

ne / música / teatro / pintura / arte / letras / cine / música

Escribe: **MARINO MARTÍNEZ ESPINOZA**

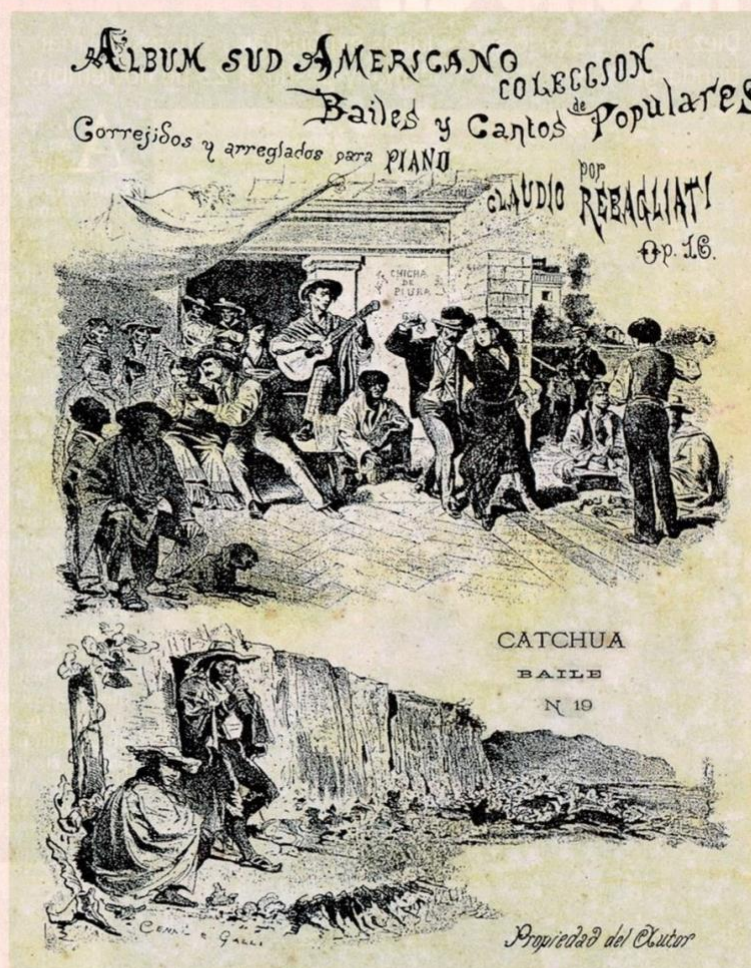
CUANDO el italiano Claudio Rebagliati llegó al puerto del Callao en 1863, Lima era una ciudad que se ponía el traje largo para apreciar las óperas que se representaban en los teatros Principal y Forero –Segura y Municipal de hoy, respectivamente–, pero también era el afán bullente de gente que cantaba zamacuecas y yaravies, vivificando las calles y solares de una ciudad de destino incierto que apenas asomaba la cabeza, libre del dominio español.

Rebagliati, nacido en Noli, en 1843, fue miembro de una familia de músicos y muy precozmente

Con apenas nueve años, ocupó el cargo de maestro concertante en el teatro de Ajaccio, en Córcega.

era ya un destacado violinista. Cuando contaba 25 años fue solicitado por Bernardo Alzedo para restaurar el Himno Nacional que venía siendo desvirtuado, dando como resultado la única versión del Himno que cuenta con la aprobación expresa de Alzedo.

La faceta de Rebagliati como compositor se desarrolla a través de su descubrimiento y entusiasmo por los géneros de estas tierras. Así lo atestigua la reunión de 22 piezas para piano, publicadas en la Editorial Sonzogno de Milán, hacia 1870, tituladas “Álbum Sudamericano, colección de bailes y cantos populares”. Se



Álbum Sudamericano, colección de bailes y cantos populares, obra fundamental de Rebagliati.

Rescate Musical

Un recorrido por la vida del músico Claudio Rebagliati a propósito de disco-homenaje producido por Miguel Harth-Bedoya.



BICENTENARIO
PERÚ
2024

Accede a los diversos archivos que conforman nuestro patrimonio sonoro

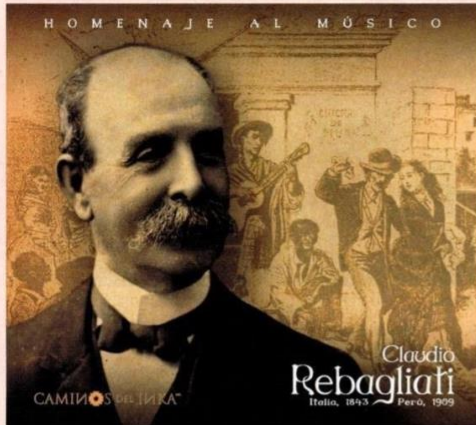


PERÚ

Ministerio de Cultura



ro / pintura / arte / letras / cine / música / teatro / pintura



Se presenta este 21 de noviembre a las 7:30 p.m. en el Auditorio Central de la Universidad de Lima.

Homenaje Fundamental

Producido por la Fundación Caminos del Inka, a cargo del destacado director Miguel Harth-Bedoya, el CD *Homenaje al músico Claudio Rebagliati* ha sido posible gracias a la participación de la Orquesta Sinfónica de Fort Worth, las pianistas Carmen Escobedo y Flor Canelo, y el maestro Juan Guillermo Vizcarra. Se incluyen, entre otras obras, el vals "Las hijas del Rímac" y, por primera vez, la grabación completa de las 22 piezas del *Álbum Sudamericano*.

trata de una "colección [...] de aires populares inéditos y anónimos, conocidos en Sudamérica solo por tradición [y que está] dirigida a conservar en forma correcta, temas que el tiempo haría olvidar seguramente para siempre", según él mismo explicó en la publicación.

Este álbum incluye

trece zamacuecas, cinco yaravíes, dos tonadas chilenas, una cashua y un baile arequipeño y su importancia para la historia de la música popular es notable, pues permite el conocimiento del repertorio popular de la época.

La obra de Rebagliati tiene el valor de haber trazado un puente entre lo académico y lo popular. Trabajó la música peruana desde la perspectiva de su formación europea, pero desde allí señala a los propios peruanos que no existe inferioridad ni jerarquías; que nuestra música tiene una belleza que es necesario disfrutar sin prejuicios; que la inventiva artística no tiene por qué mirar hacia Europa para encontrar trascendencia. Falleció en diciembre de 1909. El gobierno francés lo distinguió con el título de Oficial de las Palmas Académicas y sus funerales constituyeron uno de los homenajes de mayor recordación en Lima.

Un Clásico

Comentario a "Nuestro Pueblo" de Thornton Wilder, dirigida por Chela de Ferrari.

WILDER ganó su primer Pulitzer escribiendo sobre La perricholi en "El puente de San Luis Rey" (1927), novela que se desarrolla en un pueblo llamado Lima, Perú.

El segundo Pulitzer lo obtuvo por "Our Town" (1938), donde dos mujeres de hierro, un médico, un periodista (como el padre a Thornton) y un músico borracho viven y muer-

tripuladas por personajes ídem.

Como dramaturgia destaca el personaje-narrador (solvente Paul Vega), quien maneja el ritmo y la información sobre el escenario: relata los preámbulos de la acción, presenta a los personajes, los cuestiona, los corta, los despide y anuncia el final de cada acto. Es un guía y comentarista de la "ficción", que es la vida.



Protagonistas Gisela Ponce de León y Rómulo Assereto en el Teatro La Plaza, Larcomar.

ren en un pueblo llamado Grover's Corners.

¿Un mundo pre Internet y pre Guerra Fría (y sus dos precuelas –la obra acaba en 1914) puede rasgar la actualidad con tanto filo? Solo si se concentra, como es el caso, en lo que Faulkner llamó "la verdad y el corazón humano".

Una lección que reafirma que la pesca de gran altura emocional se puede realizar con embarcaciones sencillas (unas mesas, unas sillas, vestuario de época)

Como dirección es un acierto que algunas butacas invadan el escenario para que la "realidad" contamine a la ficción y viceversa.

Mención especial merece Gisela Ponce de León, intensa actuando con todos los músculos de su cuerpo –hay que ver cómo tiemblan sus cejas.

Una obra que establece con sutileza una poética sobre la escritura y el escritor. Un clásico. **(Juan Carlos Méndez)**